

# LA VELOCIDAD DE LA MÚSICA

SOLdeNOCHE 



ANDREA FERRARI









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2015, ANDREA FERRARI  
© 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4651-8  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE

Cubierta: CARLUS RODRÍGUEZ

DIRECCIÓN DE ARTE: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

PROYECTO GRÁFICO: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Ferrari, Andrea  
La velocidad de la música / Andrea Ferrari. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.  
176 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja, narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4651-8

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.  
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.

LA VELOCIDAD  
DE LA MÚSICA

ANDREA FERRARI

loqueleq



1.

**T**odavía no había cumplido los diecisiete cuando vio a su primer muerto. Así lo llamó desde entonces, *mi primer muerto*, pero no es que ese cuerpo tuviera una relación directa con ella. Era solo una forma de hablar que le había contagiado Juan Frazoni, un periodista de Policiales al que le encantaba recordar las épocas en las que trabajaba para un programa de televisión sensacionalista y corría todo el día de un muerto a otro.

—¿Te conté de mi muerto más famoso, Sol? —sonreía en esos momentos con añoranza—. ¿Y del más extraño?

Siempre le dijeron Sol, aunque en verdad se llamaba Soledad. No le gustaba su nombre. Cuando le preguntó los motivos de esa elección, su padre se encogió de hombros y dijo que se le había ocurrido a la madre, que sonaba bien, que no hacía falta otra razón. Pero ella creía que ser Soledad había sido una mala señal de entrada, un presagio de que las cosas se le iban a complicar apenas lanzada a la vida.

Volviendo al muerto: sucedió un miércoles de calor inesperado. Ese día había empezado como tantos otros, como empezaban casi todos los días en su casa. Cuando ella se levantaba, su padre solía estar ya sentado en la mesa, con el televisor encendido sin sonido en el canal de noticias y los cuatro diarios que recibían cada mañana desplegados frente a él. Y golpeando. Porque esa era la manera en que Diego leía los diarios: murmuraba y golpeaba. Llevaba entonces veinte años como periodista y doce como jefe de redacción de *Hora Cero*, pero no había dejado de golpear con cada noticia que los otros diarios tenían y ellos no, ni con cada una de las que sí tenían pero no le gustaba cómo habían salido.

Sol preparaba el café y las tostadas e insistía para que se las comiera. Esa mañana estaba empujando en su dirección una untada con mermelada de naranja cuando él golpeó la mesa con particular energía y volaron las migas.

—¡Y esto tampoco lo tenemos!

Ella se inclinó a mirar en el diario de la competencia lo que le provocaba tanto enojo. En la foto se veía a una masa de adolescentes en actitud histérica frente a una valla policial.

—¿No tener esa noticia te preocupa? ¿Un montón de chicas descerebradas tirándose de los pelos por un pibe que no sabe cantar?

Diego levantó la cabeza y la miró. Había un dejo de inquietud en sus ojos.

—No sé si te dije alguna vez, Sol, que sos demasiado cínica para tener dieciséis años.

—Lo dijiste. Pero insisto: ¿semejante idiotez te preocupa?

—Es un fenómeno como cualquier otro. Hay millones de chicos fascinados con ese... Tom... ¿cómo se llama?

—Tommy Fox.

—Eso. Y los periodistas de Espectáculos se olvidan de cubrir todo lo que no es... Mirá, justo, ahí está.

Sol giró hacia la pantalla del televisor donde la multitud de adolescentes saltaba y gritaba frente al vallado de un hotel lujoso. Lo reconoció enseguida: era el Continental.

—Es acá cerca.

—Sí, a tres cuadras del diario. Fijate la cantidad de...

Pero ella ya no tenía tiempo para fijarse en nada, otra vez se había levantado demasiado tarde. Tomó la mochila y le dio un beso.

—Nos vemos después —dijo y volvió a empujar la tostada en su dirección—. Comé algo.

Mientras salía vio que le daba un par de bocados. Seguramente lo hacía por ella.

Horas más tarde, el colectivo en el que volvía del colegio quedó trabado en un embotellamiento y no se movió durante quince minutos. Sol se estaba ahogando. Aunque ya era mayo, ese día se había instalado en Buenos Aires un verano tardío que, sumado a su ropa invernal y a los escasos centímetros que la separaban de la axila de su vecino de viaje, la hacía sentir levemente descompuesta. Intentó sacarse algo, pero no había suficiente espacio de maniobra, así que decidió bajar. El ambiente en la calle era caótico, entre los conductores que

intentaban avanzar a fuerza de bocinazos, los policías que pretendían desviar el tránsito hacia una calle paralela y una ambulancia con las sirenas encendidas que no conseguía pasar. Se sacó la campera y caminó unas cuadras, hasta llegar a lo que parecía ser el centro del caos, donde un patrullero cruzado en la calle impedía el paso y obligaba a todo el mundo a hacer un enorme desvío. Se dio cuenta entonces de que estaba a unos cien metros del Hotel Continental y volvió a odiar a Tommy Fox y sus excitadas fans.

Fue en ese momento cuando se desencadenó una serie de hechos sin mayor importancia que iban a terminar poniéndola frente a frente con su primer muerto. El equipo de un canal de televisión que acababa de bajarse de una camioneta detenida en el embotellamiento pasó a su lado a los empujones, cargando cámaras y lámparas. El último del grupo, un tipo de aspecto nórdico, alto y muy rubio, que se veía agobiado bajo el peso de varios bolsos y rollos de cables, corría mirando para un costado y no la vio: su brazo derecho impactó contra la espalda de ella y un palo que cargaba se le clavó en el omóplato. Sol gritó mientras manoteaba en el aire, en busca de un sostén que no encontró, y terminó en el suelo. Cuando levantó la cabeza el tipo la estaba mirando con expresión compungida. Lo vio dudar entre quedarse a ayudarla y correr a sus compañeros, que no habían advertido nada y seguían adelante, pero se quedó. Apoyó sus bolsos y rollos en el suelo y le extendió una mano.

—Mil disculpas —dijo mientras la ayudaba a incorporarse—. Es imposible caminar por acá con el equipo. ¿Te lastimaste?

—No, no, estoy bien.

Pero se frotó la espalda, que le dolía.

—¿De verdad? ¿Hay algo en que pueda ayudarte?

—No, de verdad.

—Bueno, entonces... —sonrió fugazmente y volvió a recoger sus cosas—. Tengo que correr. Perdón otra vez.

Sol se estaba sacudiendo los pantalones cuando vio que junto a su mochila había quedado uno de los bolsos. Tenía el logo del Canal 8 y en letras amarillas el nombre del programa: *El ojo de la noticia*. En el interior había grabadores y micrófonos. Levantó la vista.

—¡Eh! —gritó—. ¡El bolso!

El tipo ya estaba lejos y no la oyó. Todo habría sido distinto si hubiera seguido su primer impulso: abandonar el bolso en el lugar. Al fin y al cabo, no era asunto suyo. Pero una sensación incómoda se lo impidió. Quizá fue una suerte de solidaridad con el gremio periodístico, que venía a ser algo así como su familia. Entonces se cruzó el bolso al pecho y salió corriendo detrás del tipo.

Sabían a dónde ir, eso era evidente. Doblaron en la primera esquina y luego nuevamente en la siguiente, hasta llegar a otro vallado, custodiado por un policía. Sol ya estaba cerca de ellos cuando vio que uno de los tipos le mostraba unas credenciales y le entregaba algo que el policía se guardaba en el bolsillo antes de correr la valla para dejarlos pasar. Estaba volviéndola a su lugar cuando ella llegó.

—Estoy con ellos —dijo sin aliento y señaló el bolso—. Llevo equipo.

Increíblemente, la frase funcionó a la perfección. El policía se limitó a asentir y movió la valla para que pasara. Sol advirtió entonces que estaba en la parte trasera del hotel, junto a la entrada de autos. Había varios patrulleros estacionados y mucha gente dando vueltas. Hasta ese momento ella había creído que el caos se debía simplemente a la presencia de Tommy Fox y su banda, pero empezó a darse cuenta de que todo era demasiado: demasiada gente, demasiados uniformes, demasiada tensión en el aire.

Cuando finalmente llegó hasta el equipo del Canal 8 se enteró de qué se trataba. Estaban preparando las cámaras junto a un área acordonada con cintas naranjas. Y en el medio había un cuerpo.

Su primer muerto. Era igual que en las series de televisión: tirado boca arriba, los ojos cerrados, la piel grisácea y una enorme mancha roja que le teñía la camisa blanca.

Sol tocó la espalda del rubio que la había golpeado, que en ese momento estaba acomodando unos cables.

—Te dejaste esto —dijo, extendiéndole el bolso.

El tipo obviamente estaba muy nervioso porque saltó al sentir el roce. La miró mientras una ola de alivio le transformaba la cara.

—Me salvaste la vida. Acababa de darme cuenta de que lo había perdido.

—¿Qué pasó? —preguntó Sol señalando hacia el muerto.

—Es un fotógrafo. Lo asesinaron mientras...

El grito del que sin duda era su jefe lo interrumpió.

—¡Nos dieron cinco minutos! ¡Cinco! ¡No perdamos el tiempo!

Al instante el rubio dejó de hablar y se concentró en su tarea. Sol observó unos segundos la situación, el despliegue policial, el nerviosismo del equipo de televisión y llegó a la conclusión de que esa era una noticia importante. Así que le escribió un mensaje de texto a su padre: “Mataron a un fotógrafo frente al Continental. Mandá a alguien”.

La respuesta demoró veinte segundos. Le dio cierta satisfacción darse cuenta de que el instinto paterno se había disparado antes que el periodístico.

“¿Qué estás haciendo ahí?”, decía.

El segundo mensaje entró diez segundos después.

“¿Quién es el muerto?”.

Ella ya había oído el nombre.

“Roberto Convertini”, contestó.

Supuso que le iba a ordenar que volviera de inmediato, lo que la hubiera obligado a discutir o a mentirle, porque no pensaba moverse de ahí. Pero no: resultó que en la batalla entre el padre y el periodista había ganado el periodista.

“Hay un cronista en camino —escribió—. Anotá todo lo que veas. Es un notición”.

Sol sacó un cuaderno de la mochila y se dispuso a abrir bien ojos y oídos. Anotó lo que pudo, atropelladamente, sin saber en qué debía fijarse. De todas formas, quedó muy feliz con la experiencia.

A mucha gente su primer muerto podría provocarle impresión, náuseas, tristeza, horror. A ella le dieron muchas ganas de saber qué le había pasado.



## 2.

**A**lgunos apuntes personales antes de seguir adelante. Primero: la edad. A Sol siempre le daban menos o más edad de la que tenía, nunca la justa. Sucedió que era de contextura física pequeña. Por eso mucha gente decía: “¿Dieciséis? Pareces menor”. Pero por ciertas particularidades de su crianza, y quizá por el hecho de que todos sus amigos eran mayores, su comportamiento y manera de hablar eran más bien de adulto. Por eso, a poco de conocerla, otra gente decía: “¿Dieciséis? Pareces mayor”. Todo lo cual le resultaba bastante irritante.

Segundo: no tenía madre. Había muerto antes de que ella cumpliera dos años. Cuando intentaba recordarla, la única imagen que aparecía en su cabeza era un vestido azul con minúsculas flores blancas en el que ella apoyaba la frente mientras su madre le acariciaba el pelo enrulado. Pero en realidad no sabía si eso era un recuerdo o el resultado de haber mirado demasiadas veces una foto de ella que estaba en la biblioteca, en la que llevaba ese vestido. De todas formas, estaba acostumbrada a no tener madre. Pero muchos cuando se enteraban

decían “oh” y ponían cara de “¡pobrecita!”. También eso la irritaba.

Tercero: había crecido en un diario. Era un lugar inusual para crecer, pero así se dieron las cosas. Después de que su madre muriera, Diego había contratado a una señora para que la cuidara por las tardes. Pero al parecer el arreglo a ella no le gustó y se dedicó a morderla todo el tiempo que pasaban juntas. La señora se fue y llegó otra. Volvió a hacerlo: según le dijo una psicóloga a su padre, pasaba por una fase de ira que, incapaz de expresar en palabras, descargaba clavando los dientes en toda superficie disponible, preferentemente manos y brazos. También mordió a la psicóloga. Volvió a hacerlo con la niñera que siguió y con la otra. Un día en que su padre no tenía con quién dejarla la llevó al diario. Contaban quienes la vieron que había corrido toda la tarde por la redacción con evidente felicidad, sin morder a nadie. Así que volvió a llevarla. Con el paso del tiempo dejó de correr y fue encontrando sus lugares y amigos ahí. A los dieciséis años ya tenía bastante más tiempo de redacción que varios de los periodistas. Y aunque no solía presumir, sabía más cosas que muchos de ellos.

Último. Le interesaba la sección Policiales. Estafas, robos, secuestros. Sobre todo, asesinatos.